

Recuerdo Salmantino de Rafael Sancho de San Román

Luis Sánchez Granjel

De la Real Academia Nacional de Medicina

Rehacer la etapa salmantina de Rafael Sancho de San Román, los años de ella vividos tras la conclusión de sus estudios médicos y de los que estoy seguro conserva hoy vivos recuerdos, obliga a dibujar el escenario, primero pobre y años después hasta fastuoso, que acogió desde 1955 a la Cátedra de Historia de la Medicina en el piso segundo de la antigua Hospedería del “*Colegio Arzobispo Fonseca*”, dos habitaciones flanqueadas por el despacho del profesor de Psicología médica y los laboratorios de Farmacología, luego transformadas, casi diría que mágicamente, por amplias estancias, cómodos despachos y salón solemne ornado de pinturas del siglo XVIII en el marco de la arquitectura del Colegio Fonseca con su bello patio renacentista.

Con escasos medios, los años de inicio de la vida de la Cátedra fueron para todos, y en el grupo me incluyo, de aprendizaje, con instalaciones que eran pobres y más tarde fueron suficientes para abordar los más ambiciosos proyectos historiográficos. Con penuria o con abundancia, la familia que compusimos quienes cada día reanudábamos el quehacer al que nos atraía la vocación o el propósito de realizar el trabajo que permitiría obtener el doctorado, todos compartimos idénticos afanes; unos durante un corto periodo de sus vidas, el que tuvieron que consagrar a alcanzar el más alto grado académico; otros con vocación ligada a la labor docente; a algunos, y entre ellos Rafael Sancho de San Román, el destino les alejaría de Salamanca pero su abandono de las tareas de la Cátedra no anuló una firme vocación de historiador.

El doctor Sancho de San Román fue alumno de mi Cátedra de Historia de la Medicina y en ella despertó mi interés. Acostumbrado a esperar de mis oyentes de las clases teóricas una cortés atención que en la mayoría mal encubría el desinterés o el desconcierto por escuchar explicaciones bien distintas de las que recibían en las restantes Cátedras de la Facultad, sorprendía, y muy gratamente, reconocer que alguien ‘escuchaba’. Muy pocas veces ocurrió esto en mis años de docencia; sucedió con Rafael y

resultó natural que acudiese a la Cátedra y que en ella aspiraba a algo más que cumplir el trámite del doctorado.

Había en él una auténtica vocación de historiador y de ello dio cumplida prueba en los años, por desgracia pocos para la historiografía médica, que fue miembro importante de nuestro centro de investigación, primero un Seminario y más tarde Instituto que se creó al amparo de la Cátedra para dar cumplimiento a una tarea que me fue sugerida en 1955 por el profesor Laín Entralgo: la de investigar y rehacer el pasado de la Medicina Española. Redactores de tesinas de licenciatura, doctorandos, historiadores de oficio, todos colaboramos en un mismo empeño. Cuando en 1986 la jubilación me apartó de la Cátedra, el propósito, aquella labor compartida, había cobrado ya realidad en los cinco volúmenes de una *“Historia General de la Medicina Española”* y con anterioridad en publicaciones que acogieron distintas revistas, en colecciones de trabajos editados por la Cátedra y en una gran revista, los *“Cuadernos de Historia de la Medicina Española”*, completada por una serie de *“Monografías”*, y en la que fue importante la colaboración del doctor Sancho de San Román, que fue primer secretario de redacción de los *“Cuadernos”*; también en sus primeros números se publicaron importantes monografías suyas y firmó buen número de reseñas de obras.

Recordado el ámbito académico que nos acogió a todos desde 1955, creo obligado mencionar ahora a quienes en el anudamos amistad, limitando la referencia a los que por coincidencia de fechas pertenecieron a la etapa de los años de vida salmantina de Sancho de San Román.

Nombres que ahora tengo que citar, y estoy seguro recordará Rafael, por los trabajos de sus tesis doctorales finalizando los años 50 y los inicios de la siguiente década, son los de Agustín Sánchez Martín, Concepción Soriano de la Rosa y Alfonso A. Castaño Almendral, que defendieron sus ‘memorias’ doctorales en 1958 y 1959. también convivieron con Rafael, pues se doctoraron en 1961 y 1963, José Luis Gómez Ratón, Emilio Herrera Marcos y Mercedes Jacob del Castillo, los dos últimos fallecidos; Antonio Silva Domínguez, José V. Zamora Nodal y Antonia Estrada Medina.

Los citados integraron, con Sancho de San Román, la primera generación de colaboradores de la Cátedra, pero quedaría gravemente incompleta si no le incorporara el nombre de Juan Riera Palmero, llegado desde Valencia y que vino a ocupar el puesto de redactor en los *“Cuadernos”*, que había sido antes responsabilidad de Rafael; cuando abandonó Salamanca el profesor Riera pasó a crear la Cátedra de Historia de la Medicina en

la Universidad de Valladolid y en ella, con una sostenida labor investigadora, constituye hoy la más representativa figura de la historiografía médica nacional, entendida y ejercida con criterios que hoy parecen haber sido olvidados por una mayoría de investigadores jóvenes, atraídos por el señuelo, engañoso, de una historiografía que pretende abarcar la gran diversidad de los saberes científicos y que algunos han derivado a campos que difícilmente pueden ser considerados los que corresponde recorrer al historiador médico.

Ha sido intencionado relacionar los nombres de Juan Riera y Rafael Sancho de San Román; ambos cumplieron su etapa de formación como historiadores en Salamanca, ambos son hoy para mí, amigos entrañables, pero aquí concluye la identificación. Casi siempre queda fuera de lo que creíamos sería fruto de nuestra voluntad lo que realmente compone la ruta de nuestras vidas. Para ejemplificarlo no encuentro mejor testimonio que el que me ofrecen las vidas paralelas de Riera y Sancho de San Román, dos vocaciones alimentadas por una misma inicial voluntad de mantenerlas y con preparación sobrada para convertirlas en espléndida realidad. El destino del profesor Riera no se apartó de aquel inicial propósito; el del doctor Sancho de San Román se encontró afrontando, yo así lo entiendo, un doble reto que por estar alimentado por realidades, vocacional también una, sentimental la segunda, le resultó imposible vencer.

Había en Sancho de San Román una segunda vocación, la de ser psiquiatra, que creo encontró en la misma Cátedra de Historia de la Medicina su primer mentor en el doctor José Fermín Prieto Aguirre que por los años de estancia salmantina de Rafael también él acudía al Seminario para trabajar en temas histórico-médicos. Y a la llamada vocacional se sumó la que he llamado sentimental, y no tanto por encubrirse en ella una mujer pues también participó en lo que iba a suceder el imperioso atractivo de una ciudad como Toledo, que si fue sugerente para quienes con ella no tenían lazos de sangre, y recordaré para atestiguarlo al novelista Urabayen y al médico Marañón, que no pudieron sustraerse a su encanto, nada es preciso añadir para comprender qué efecto mucho más poderoso tenía que obrar en Rafael portador de un apellido ilustre entre los historiadores toledanos.

Rafael un día abandonó Salamanca; todos lo sentimos, yo muy especialmente pues veía perderse una ya afirmada vocación de historiador; más tarde tuve que convencerme de que mi temor primero no estaba totalmente justificado; era cierto que la historiografía profesional, la académica, tenía que registrar una pérdida que era irreparable; pero me

equivocué al creer se desvanecería la vocación; en Sancho de San Román siguió siendo lo suficientemente poderosa como para reaparecer, una y otra vez, en trabajos, en colaboraciones y empeños en los que se descubre al historiador que nunca dejó de ser.

Evocado el escenario y a quienes en él, en fechas hoy ya lejanas, compartimos unos mismos afanes, es momento de acercarme, en este recoger y atestiguar valores, a la obra personal, la propiamente histórica, realizada por Rafael en los años de vida salmantina. Lo primero que en ella destaca, y quiero dejarlo ya apuntado, es la riqueza de lo realizado, y vale el calificativo referido tanto a la mera producción numérica como a la diversidad de su contenido, centrado, como se verá, en campos suficientemente significativos para que pueda servir como vía de comprensión de su peripecia biográfica.

Catorce títulos, publicados entre 1958 y 1963, compone la bibliografía histórica de Sancho de San Román, testimonio de su presencia en la Cátedra salmantina. La encabeza su estudio de la obra "*Cura de la Piedra*" (Toledo, 1496) escrita por Julián Gutiérrez de Toledo y que publicó en Lisboa la revista "*Imprensa Médica*" en 1958; le siguen, en 1959, las monografías "*La obra psiquiátrica del doctor Pi y Molist*" y "*Vida y obra de Gaspar Casal*", trabajos recogidos en la serie "*Publicaciones del Seminario de Historia de la Medicina*".

1960 es el año en que Sancho de San Román realiza su mayor aportación como historiador; cinco títulos, editados en ese año, compone un cuerpo de trabajos en el que destaca su monografía '*La obra psiquiátrica de Giné y Partagás*', que se publica en la serie de "*Estudios*" de la Cátedra y "*La Medicina y los médicos en la obra de Tirso de Molina*"; si el primer título, trabajo de rigurosa originalidad, le permitió obtener la titulación del doctor, el segundo construye un lúcido análisis sobre un tema rico en hallazgos histórico-médicos, campo de trabajo que iba a ser muchas veces recorrido por cuantos trabajamos en la Cátedra salmantina. Interés especial posee en la bibliografía de este año de 1960 el "*Índice*" que compuso de los repertorios bibliográficos de Hernández Morejón y Anastasio Chinchilla, editado como primer fascículo de una proyectada colección de "*Catálogos de Estudios Médicos Españoles*", trabajo que, comparado con los dos anteriores, sería erróneo calificar de menor, pues compone una guía indispensable para recorrer con facilidad obras repletas de información caóticamente ofrecida. Trabajo que, asimismo, es valioso, pues aborda otra línea distinta de investigación histórica, es el estudio de un empeño promovido por el cardenal Lorenzana que tiene indudable

interés médico; otro campo de pesquisa, acaso modesto pero que hay que abordar es el que transitó al estudiar la obra quirúrgica del cirujano español del siglo XVIII José Pradillo; de los últimos trabajos citados, el primero se editó en la revista “*Imprensa Médica*” y el segundo en “*Clínica y Laboratorio, de Zaragoza*”.

En 1961 la bibliografía de Sancho de San Román se incrementa con dos trabajos a los que hay que otorgar mayor importancia de la que acaso un examen superficial les concedería; el primero recoge la resonancia literaria que conquistó el “*Hospital del Nuncio*”, el manicomio toledano; el segundo, de innegable originalidad, constituye la inicial aproximación histórica a un singular texto médico renacentista, el “*Libro del ejercicio corpora*” (1553) de Cristóbal Méndez, médico que estuvo al servicio de la nobleza y cuya importancia la atestigua el que otros historiadores, yo entre ellos, hayamos incidido en su examen crítico.

La fundación, 1962, de los ya mencionados “*Cuadernos de Historia de la Medicina Española*” contaron, en su primer año de edición, con dos importantes estudios monográficos de Sancho de Román: el trabajo, una verdadera monografía, sobre “*Pedro Mata y el somaticismo psiquiátrico*” y el “*Estudio crítico de Francisco La Reyna*”. El primero somete a examen la figura más importante de la Psicología y la Psiquiatría españolas ochocentistas y el segundo hace análisis de un suceso bien singular, la posibilidad que tuvo la Reyna, albéitar al servicio del Duque de Alba, de describir la circulación mayor, ante un hecho que observó en su práctica profesional y del que no supo deducir, por carecer de información científica, el que habría sido hallazgo trascendental en su siglo. En los “*Cuadernos*”, en su número de 1963, Sancho de Román firma el trabajo “*Catálogos de Disertaciones y Memorias*” de Instituciones médicas del siglo XVIII, como su “*Catálogo de las obras de Morejón y Chinchilla*”, este retorno suyo a la pesquisa bibliográfica, trabajo siempre árido, es de innegable utilidad para el historiador.

El examen del archivo de la Cátedra me permite aportar el dato de que Rafael de Sancho de San Román dio comienzo a la pesquisa histórica emprendida para realizar sus tesis doctoral en octubre de 1958; el resultado de aquel empeño, el completo examen y la valoración históricamente justa de la obra del psiquiatra y polígrafo Giné y Partagás, fue defendida, acompañándole Ricardo San Román Gómez, el 8 de marzo de 1960 ante un Tribunal presidido por quien entonces era Decano de la Facultad, el profesor Fernando Cuadrado y del que fueron miembros los Profesores Pedro Laín Entralgo, Agustín Pumarola Busquets y Julio

Peláez Redondo completándolo yo, de acuerdo con lo que en tal fecha era norma vigente, como vocal ponente. El trabajo fue calificado con la más alta nota que podía otorgarse, el “*cum laude*”. Citar este recuerdo me resulta melancólico; los cuatro catedráticos a quienes acompañé en aquel Tribunal ya han fallecido.

El doctor Sancho de Román no dejó de colaborar con tareas a la Cátedra tras su alejamiento de Salamanca; en la década de los años setenta la Real Academia de Medicina de Salamanca, que en tales fechas presidía, emprendió la tarea de ofrecer, en versiones originales y con autorizados juicios críticos, textos españoles poco conocidos. A Rafael acudí para obtener una colaboración que sabía podía ofrecerme; fruto de esta postrera presencia de Sancho de San Román en la historiografía médica salmantina fue la confección de la obra “*Tres escritos sobre la pestilencia del Renacimiento Español*” (Fernando Álvarez, Diego Álvarez Chanca, Lic. Flores); de ella se hizo edición facsímil y numerada en 1979.

Fiel a mi propósito de limitar el recuerdo del doctor Sancho de Román a su vinculación a la Cátedra de Salamanca, no hago referencia a empresas suyas, posteriores, que acreditan la pervivencia de la vocación de historiador, que no quedó arrumbada como simple recuerdo por el quehacer profesional, la preocupación diaria y los testimonios de su fidelidad a la realidad histórica y monumental de Toledo. Estoy seguro que otros colaboradores de este volumen de Homenaje a una vida y a una obra ejemplares harán recuerdo de las muy diversas facetas de la personalidad humana y el quehacer diario del doctor Sancho de San Román.

Me resta para concluir mi semblanza de quien fue importante colaborador en el quehacer de la Cátedra de Salamanca, mostrar cómo en la producción escrita de Rafael de aquellos años está presente la que he llamado su segunda vocación y también su ligazón a Toledo. Dos temas preponderan en su bibliografía: la Psiquiatría, con los importantes trabajos sobre Pi y Molist, Giné y Partagás y Pedro Mata (1959-1962), las tres grandes figuras de la Psiquiatría española del siglo XIX y su íntima trabazón vital a Toledo la encontramos en sus aproximaciones al cardenal Lorenzana (1960) y cuando analiza el renombre literario del toledano “*Hospital del Nuncio*” (1961).